

# Luna Miguel

## Ternura y derrota



La Bella  
varsovia

EDITANDO  
POESÍA  
DESDE  
2004

# *Ternura y derrota*

Luna Miguel

La Bella Varsovia

Mi palabra de seguridad es *ternura*, no lo digo como provocación, sino más bien como disculpa<sup>2</sup>. La verdad es que pedir perdón me encanta. Pedir perdón convierte mi hilo de voz en un tintineo.

*Discúlpame.*

*Lo siento tantísimo.*

*Me arrepiento.*

*¿Podrás perdonarme?*

El hambre de perdón es un sonido que repiquea. Mis ansias rugiendo contra el folio. Una vez me dijiste que tú preferías pedir perdón a pedir permiso. Me pareció bien, pero no terminé de entenderlo. El perdón puede ser un acto generoso. El permiso, una absoluta necesidad. Mi vergüenza desnudándose contra el folio.

---

<sup>2</sup> Ha salido de la noche. Está descalza. La chica camina alrededor de su cama, lleva un camisón negro y ligero porque el frío no le importa. La chica mira el sobre con desgana. La chica lo abre y saca un montón de folios mecanografiados, ¿los ha escrito ella? Y si no, ¿quién se los habrá enviado? La chica se acuesta para leerlos. La chica se revuelve entre las sábanas blancas. La chica recita como si hablara con alguien que aún no está en la habitación. La chica no sabe declamar pero pronuncia lentamente cada palabra. La chica está encerrada en su habitación. La chica está encerrada en su discurso. Su soledad retumba.

Mi vergüenza gritando: ¡yo lo que quiero es el perdón y el permiso! Doblegarme dulcemente contra el folio.

Ya sé que mi palabra de seguridad es extraña. Ternura: o un modo de liarte —*¿está mal que después de decir que sí te diga que no?*— y al mismo tiempo una manera de tentarte —*entra y, si tú quieres, haz que duela*—. Si te hablo con esta vocecilla, si te escribo así es porque creo que las palabras dulces no son obscenas. ¿Por qué iban a serlo? Lo obsceno sería obcecarse en la demostración de una pureza, de una valentía. Porque no hay nada puro en lo que siento y sin embargo siempre encontré gozoso el gesto de relatar la humillación propia.

*Discúlpame.*

*Lo siento tantísimo.*

*¿Puedo?*

Tampoco digo que eso sea valiente, quizá un poquito. Una pizquita. Un tintineo astuto lo de humillarse. Lo de entregarse entera al placer del otro. Lo de sumirse en un golpe. Lo de dejarse agarrar la cabeza entre dos manos sin discernir si lo siguiente será el lametón o la cuchillada. Lo de dejarse arrollar.

Creo que entregarse enteramente a la humillación rebaja la vergüenza asociada al gozo.

Humillarse es reducirse, sí.

Pero reducirse es protegerse, sí.

Pero protegerse es complacerse, sí.

Pero complacerse es ahogarse hasta el deleite, sí: hasta la humillación<sup>3</sup>.

También creo que me acuerdo de la primera vez en la que me sentí humillada. Tú me habías preguntado cuál era mi recuerdo feliz de infancia y yo solo supe responder con la fotografía de una rodilla llena de sangre. Fue una ola de poniente en cabo de Gata la que me arrolló a los cuatro años de edad. Nunca antes estos ojos habían visto el mar. Su extensión me pareció peligrosa y divina. Toda esa agua, ¿podía beberse? Y toda esa espuma, ¿podía engullirse como la nata de un pastel? Amé el oleaje como quien ama la primera visión de la desnudez del cuerpo deseado. Y eso que por aquel entonces yo no sabía lo que era el deseo. Amé el mar porque lo temía. Era la contradicción entre sus percepciones: color amable, sonido brutal. El viento, la tierra y el aire como compinches. En un arrebato, la espuma me agarró de los tobillos y me arrastró por el chinorro de la costa. Mucho más grueso que

---

<sup>3</sup> Entona con rabia. La chica juega con las sábanas. Se frota contra ellas. La chica se pregunta si el hecho de atarse, de rebozarse, de retorcerse, es humillante. Parece que se cuestione: ¿si nadie me ve, me humillo? ¿Si solo yo sé lo que ocurre entre estas cuatro paredes, me cerco? La chica arrastra sus rodillas por el colchón blanco. De tanta pulcritud, solo desea la mancha.

un grano de arena, mucho más fino que una piedra. Ni siquiera me atrevería a llamarlo piedra: chinorro como el conjunto de cristales limados, de piedrecillas bebé, de conchitas rotas, y aun ásperas, y todas ellas chocando contra mi cuerpo de cuatro años de edad. Sangre en la rodilla. Sal en la sangre de la rodilla. Si la sangre es por sí misma salada, ¿qué salazón mi carne entonces? ¿Qué clase de condimento aquel? Choqué contra el chinorro y caí rendida a la orilla. Puse el oído contra el suelo y escuché que el corazón del mar se reía de mí, excitado<sup>4</sup>. Y eso que por aquel entonces yo no sabía lo que era la excitación. No sé cómo pude huir de allí tan deprisa, justo antes de que la espuma, ahora en retroceso, volviera a dejarme en situación de ser engullida. Sal en las rodillas. Piernas flaquísimas en dirección contraria al flujo de piedra y agua. Corriendo contra el aire, las heridas picaban como si desde el cielo un ángel disparase balines de saliva. Mis pies se detuvieron al llegar a la arena seca. Los brazos de mi madre no tardaron en acogerme bajo una sombrilla que mi memoria ya ha oxidado. De reojo, con la cabeza ladeada contra su pecho, volví a mirar el mar y supe que, a pesar de su violencia, yo lo amaba con todas mis fuerzas, aunque no porque lo

---

<sup>4</sup> Es la chica la que parece excitada. ¿Y si pusiera el oído contra el corazón de su propia cama? ¿Y si al revolverse en el colchón chocara contra una almohada, una almohada muy dura y muy violenta, una almohada a la que el diablo ha rellenado con decenas de esas extrañas piedras?

temiera, sino porque ya había probado todo el daño que era capaz de hacerme con su belleza.

Pues vaya recuerdo feliz de infancia, creo que dijiste tú, muy, muy, muy bajito, o creo que dije yo, avergonzada. *Perdón. Discúlpame. ¿Me dejas que te siga contando?*<sup>5</sup> Si en aquel entonces hubiera sabido del deseo. Si hubiera sabido de la excitación. Si a los cuatro años de edad alguien me hubiera sugerido que ante el dolor de la belleza o que ante la humillación del gozo existían palabras que podían salvarme, o suavizarme, o seguir amenazándome, pero en flojito, puede que la vida hubiese sido distinta. Con el anhelo de un camino más recto. O con otra predisposición al dolor. Quién sabe. A veces ni siquiera el conocimiento detiene la experiencia. Me refiero a que *conocer* no es un impedimento para *querer palpar*. Si no araña, ¿cómo voy a saber que no me debo dejar arañar? Si no me arañan, ¿cómo voy a saber que mi uña en tu carne puede ser un insulto? Las preguntas lo enrarecen todo. Las palabras estorban.

Por eso te hablaré de ellas.

Te hablaré de las palabras que inventamos para

---

<sup>5</sup> Es la chica la que parece excitada. ¿Y si pusiera el oído contra el corazón de su propia cama? ¿Y si al revolverse en el colchón chocara contra una almohada, una almohada muy dura y muy violenta, una almohada a la que el diablo ha rellenado con decenas de esas extrañas piedras?

Se llama Ternura y está cansada de definir las esquinas de su consentimiento. Lo sabemos por las cartas sin destinatario que escribe desde la soledad de su cama, y que ha decidido recitar en voz alta, ante un auditorio que unas veces la insulta y otras la abraza. Cercada, cada vez más oprimida, Ternura se pregunta por la importancia de la cura a través de la palabra, y por la erótica de quien —aun sabiéndose derrotada— opta por el camino de la reparación. ¿Nos hace libres narrar el dolor propio? ¿Es lícito sentir deseo ante la humillación?

*Ternura y derrota* es el primer acercamiento a la dramaturgia de Luna Miguel, estrenado a finales de 2021 dentro de la programación de la Compañía Nacional de Teatro Clásico, e interpretado por ella. Escrito como una respuesta al dibujo de la feminidad en la *Numancia* de Miguel de Cervantes, aunque valiéndose de las enseñanzas amorosas y bélicas de Sarah Kane, Pier Paolo Pasolini o Simone Weil, este monólogo puede leerse como una ficción egoísta sobre el poder, como una epístola florida al deseo, como un ensayito atormentado o como un largo poema —así lo comprendemos, así lo recibimos— en la búsqueda incesante del amor.

«Una obra de horror sobre el amor» (Margot Rot); «Un espacio de coalición entre corporalidades, entre deseos» (Alicia Valdés).

«Una de las voces más auténticas y comprometidas de su generación» (Laura Ferrero, *ABC*); «Perturbadora, irreverente, sensual e intuitiva hasta el tuétano» (Lorena G. Maldonado, *El Español*); «Una de las grandes cualidades de la escritura de Miguel: propone y nunca dicta sentencia. Sugiere» (María Jesús Espinosa de los Monteros); «Una de las herederas de Annie Ernaux en nuestro país» (Laura Barrachina, *El Ojo Crítico*).

La Bella  
varsovia

labellavarsovia.com

X   labellavarsovia

ISBN: 978-84-339225-3-3

IBIC: DCF



9 788433 922533